

# LAS DOS IZQUIERDAS

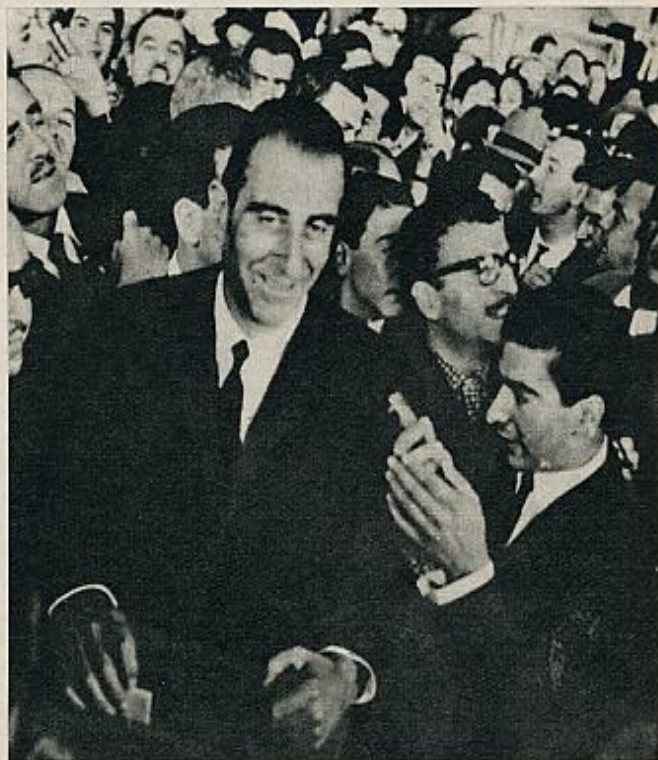


Salvador Allende, el candidato socialista derrotado. Sin embargo, la Democracia Cristiana y el Frente Popular tenían en su programa tantos puntos de contacto, que en muchos casos podían confundirse. Allende se vio desfavorecido por la violenta diatriba anticlerical de uno de sus partidarios.

LA historia política de Chile comienza en 1817; al cabo de casi siglo y medio ha elegido por primera vez, el 4 de septiembre pasado, un Presidente «de izquierdas». Eduardo Frei, del Partido Demócrata Cristiano, se oponía con una política de «extrema izquierda moderada», como la califica el «New York Times» —desde los Estados Unidos se seguía con una particular atención este comicio— a Salvador Allende, socialista. Un tercer candidato, Julio Durán, del partido radical —situado «a la derecha» con respecto a los otros dos— estaba previamente considerado como fuera de juego, y así ha sido: los votos alcanzados por él resultaron insignificantes. Frei y Allende, amigos en la vida privada y enemigos políticos en estas elecciones, representaban un vehemente deseo de renovación, de cambio profundo de estructuras en un país de difícil arquitectura social y económica. Un país donde, como aseguraba en un discurso el señor Frei, «unos vigilan el contenido de colesterol de su sangre mientras otros están hambrientos hasta la medula de sus huesos». Los programas de los dos políticos en presencia tenían tantos puntos de contacto que en muchos casos podrían confundirse: establecer relaciones diplomáticas con los países del mundo comunista, condena del «imperialismo americano», anulación del tratado de defensa bilateral con los Estados Unidos, reforma agraria profunda, participación de «comités de gestión» de obreros y campesinos en las grandes empresas del país... En otros términos, las diferencias son puramente verbales. Por ejemplo, el programa del católico Frei se denominaba «para un Gobierno nacional y popular»; el de Allende, «para un Gobierno popular». Al tratar del problema fundamental del país, las minas de cobre que hoy están explotadas por los capitales de Estados Unidos, Allende proponía «nacionalización», y Frei «chilenización». En este caso, y repito que era el fundamental de las elecciones, la diferencia es algo más que verbal. «Nacionalizar» representa que las minas pasen directamente al Estado mediante el pago de una indemnización a sus propietarios; «chilenizar» representa que las minas tengan obli-

gación de colocar al frente de ellas a ingenieros y directivos chilenos, que el Estado tenga más amplio derecho de control, que el cobre sea refinado en el interior del país y que después pueda ser exportado libremente, sin depender de los cupos y los precios fijados por los Estados Unidos. La diferencia entre estos dos conceptos es importante.

Pero la diferencia más importante entre los dos candidatos estaba en sus alianzas. Allende, socialista, fue a buscar la alianza a la extrema izquierda, al campo comunista, y creó un Frente Revolucionario de Acción Popular; en cambio, Frei, católico devoto —es profesor en la Universidad Católica de Santiago— encontró, más que buscó, la alianza de las derechas, o sea, de los partidos Independiente y Conservador, que le eligieron como mal menor. No porque aceptasen su programa, sino como única defensa posible contra el comunismo. La campaña de Frei ha sido más inteligente que la de Allende. Frei contaba con el apoyo de la Iglesia —siempre importante en cualquier país hispanoamericano— que no se ha limitado a recomendarles a los fieles, sino que ha comenzado a poner en práctica el programa de Frei antes de que éste ganase: el cardenal Silva —monseñor Raúl Silva Henríquez, arzobispo de Santiago de Chile— ha comenzado ya a distribuir las tierras de la Iglesia a los campesinos pobres. En cambio, Allende se vio desfavorecido por una violenta diatriba anticlerical por parte de uno de sus aliados, el senador comunista Jaime Barros Pérez-Cotapos. Aunque el partido le llamó rápidamente al orden, el mal ya estaba hecho. Pero el núcleo central de la campaña de Frei no se basaba en el problema religioso —Chile es un país católico, pero no clerical: no le gusta que la religión se mezcle en la política—



Eduardo Frei deposita su voto en la urna del distrito de la Estación de Santiago de Chile. Frei halló la alianza de las derechas, que le apoyaron como mal menor.

# DE CHILE

sino en señalar los males que podría traer a Chile un triunfo de Allende: no ya por su programa en sí —las similitudes con el suyo propio son tan grandes que es difícil atacar un programa sin perjudicar al otro— sino por las consecuencias de su triunfo. Se ha dado a entender que los Estados Unidos nunca tolerarían un frente popular en Chile y tomarían medidas de represalia; que los militares —a pesar de la tradición civilista de Chile, sólo interrumpida por la presidencia del general Ibáñez— se verían obligados a dar un «golpe de Estado»; se ha dicho, incluso, que si Allende ganase las elecciones, el prestigio de Johnson sufriría un rudo golpe y Goldwater podría ganar las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Es decir, que según esta astuta fórmula, los mejores partidarios de la extrema izquierda de Allende deberían votar contra él con el fin de no ser aplastados dos meses después por las fuerzas desencadenadas en el poderoso y peligroso vecino del Norte por la extrema derecha de Goldwater... La última pirotecnia de la campaña ha sido la utilización de Juana Castro, la hermana renegada de Fidel, que se ha convertido en una viajante del anticastro. Esta fórmula es repetición de otra que pusieron en marcha los norteamericanos hace ya algunos años: la contratación del antiguo comunista español Valentín González, el «Campeño», para que diera su versión negativa del comunismo «desde dentro» en las elecciones italianas —las primeras de la posguerra— y algunas otras de repúblicas hispanoamericanas. Todos estos elementos manejados por Frei han dado un excelente resultado y le han valido la mayoría absoluta de los votos. Con lo cual se ha ido la última esperanza de la zona más optimista de la derecha. Esta esperanza consistía en que ninguno de los dos candidatos obtuviesen la mitad más uno de los votos expresados —que es lo que exige la Constitución— en cuyo caso el Congreso tendría que escoger entre los tres; como Durán cuenta en el Congreso con 52 votos, cualquiera de los otros dos candidatos tendría que aliarse con él para ser Presidente, a base de modificar su programa popular.

\* \* \*

Frei es un hombre inteligente, como lo ha demostrado su campaña; tiene una amplia experiencia política y una buena voluntad reconocida hasta por sus enemigos. Se encuentra ahora en la prueba más dura de su vida: modificar totalmente la estructura de Chile. Tiene una dificultad y un peligro. La dificultad es que los que han sido sus aliados en estas elecciones —los conservadores, los independientes, los liberales— harán ahora todo lo posible por evitarlo. El peligro es que si no lo consigue en los seis años que tiene de mandato, las próximas elecciones serán, sin duda, para el frente popular, que ahora ha conquistado casi un millón de votos de un censo de algo más de dos millones y medio; y no sólo las elecciones presidenciales sino las próximas elecciones cuatrienales para renovar la Cámara de Diputados y la mitad del Senado.

Chile es un país de extraña geografía. Para imaginarnos su contextura, pensemos en una franja de terreno que se extendiese desde Sevilla a Moscú, con una anchura media similar a la distancia que hay entre Madrid y Valencia. Dentro de esa franja conviven la única ciudad del mundo donde no ha llovido nunca —Calama— con otras donde llueve casi siempre —Valdivia: 2,50 metros cúbicos de lluvia al año—; tiene un pie en los calores del Ecuador, otro en los hielos antárticos. Lucha, por lo tanto, con dos dificultades naturales: la dificultad de comunicaciones y la de unificación de la agricultura. La agricultura debe circunscribirse prácticamente a la zona central, que va desde Santiago a Valdivia; pero hoy resulta insuficiente para el país y si éste antes exportaba cereales ahora, después de años de gestión de los terratenientes, tiene que importarlos. Tiene en cambio dos envidiables, pero peligrosas riquezas —peligrosas porque despiertan la ambición



Por  
**EDUARDO  
HARO  
TECLEN**

Frei, Presidente. El antiguo Chile ha pasado a la Historia y ahora comienza una era nueva. Los intereses que desde la derecha han contribuido al triunfo demócrata-cristiano, ¿dejarán a Eduardo Frei llevar a cabo la «chilenización»?

de los grandes—: el cobre y el nitrato. Las minas de Chuquicamata son las más grandes del mundo en producción de cobre a cielo abierto; con las de El Teniente, sitúan a Chile como el segundo productor de cobre del mundo. El nitrato ha sido la gran riqueza de Chile, pero la aparición de abonos químicos sintéticos ha sido catastrófica para la economía chilena, aunque todavía obtenga buenos beneficios. Para su mercado exterior, Chile depende exclusivamente de estos dos productos: cualquier alza, cualquier baja, repercuten inmediatamente en su economía. Puede decirse, con Marcel Niedergang, que las finanzas públicas de Chile dependen en gran parte de dos compañías de los Estados Unidos, la Anaconda Company y la Kennecott Copper Corporation. Manejada esta riqueza por los «trusts» norteamericanos del cobre, Chile no ha podido vender su riqueza al mejor postor, se ha visto influida en su política y en su vida pública por estos grandes intereses extranjeros y, poco a poco, ha ido cayendo en el camino de la inflación. Es indudable que estos intereses han favorecido a Frei, incluso en contra de la voluntad de ellos, por evitar la caída en el Gobierno del frente popular, pero que ahora van a hacer todo lo posible por evitar su «chilenización», y el mejor reparto de las riquezas. Pero es indudable también que deben comprender que el antiguo Chile ha pasado ya a la historia y que comienza una era nueva.

\* \* \*

Este es el sentido real que han tenido las elecciones chilenas. La expresión natural del pueblo de salir de una órbita política y económica ha forzado esta doble solución «de izquierdas», y los grandes grupos de poder han tenido que elegir una izquierda para no caer en otra. Es decir, que ha sido un triunfo —lo era ya antes del escrutinio— de una voluntad popular, y ha sido expresada con un civismo y un orden que son tradicionales en Chile. Este hecho histórico puede tener mucha importancia en todo el desarrollo de la América española, y es un paso muy marcado hacia un futuro que se viene dibujando desde el cambio de postura de Cuba.

(Fotos CIFRA Y KEYSTONE)